

su amado discípulo, el cual murió poco después. Lloró amargamente, y exclamó más de una vez: « ¡El Cielo me ha muerto! » Siete días antes de su muerte, en el sexagésimo tercer año de su edad, lleno de esta memoria, cantaba el filósofo, apoyado en el bastón de caña de Indias, y con los ojos henchidos de lágrimas:

Desplomóse una altísima montaña,
Los más robustos árboles rodaron...
El sabio es una planta desecada.

Perdió en seguida á Seu-lu, otro de los doce discípulos que le eran más estrechamente adictos (se estranguló con sus propias manos por no sobrevivir á un deshonor), y su único hijo Cung-li se vió arrastrado prematuramente á la tumba por el dolor de haber perdido á su madre. Sintiendo aproximarse su fin, confió al discípulo Tsen-seu su libro *Sobre la piedad filial (Yao-king)*, que en su opinión contenía la doctrina sobre que se fundan la estabilidad de los imperios y el feliz estado de la sociedad.

Habiendo salido un día por la puerta oriental de la ciudad con tres discípulos, se trasladó á una antigua explanada levantada por un general para ofrecer en ella sacrificios al Cielo en acción de gracias por una victoria alcanzada sobre el enemigo. El filósofo parecía profundamente pensativo y melancólico. Sus discípulos sospechaban que estaba indispuerto, y se manifestaban inquietos; pero él les dijo: « Tranquilizáos, no me siento indispuerto en lo más mínimo. Divisando aquella explanada en tal estado, empecé á meditar sobre la caducidad de las cosas humanas, y semejante reflexión me inspiró algunos versos que quiero recitaros. » Hízose llevar su kin, y cantó acompañándose los versos cuya traducción es como sigue:

« Cuando cesan los calores, pónese en camino el frío; después de la primavera, se adelanta á largos pasos el otoño; apenas despunta el sol, avanza rápidamente al Ocaso, y las aguas no corren hácia el Oriente (1), sino para ser absorbidas por el vasto Océano. Con todo, el calor y el frío, la primavera y el otoño, se renuevan todos los años, el sol reaparece cada día en el punto en que debe alzarse, y nuevas aguas ocupan el lugar de las que ya se deslizaron. Pero el gran caudillo que hizo levantar esta explanada, su corcel de batalla, y cuantos tuvieron parte en su empresa, ¿qué se han hecho? ¡Ay de mí, por todo monumento de su gloria queda tan solo un terraplen cubierto de silvestres plantas! »

Otro día, recorriendo el libro de las mutaciones, le vino á la vista el símbolo titulado *Sun-y ó Signo de la destrucción y del renacimiento*, y se detuvo en él para meditarlo. Tseu-la, uno de sus discípulos, advirtió una alteración en su

(1) Conforme á la dirección del declive de la China, casi todas las aguas vierten hácia Levante.

semblante y cierta tristeza á que parecía abandonarse, y le dijo: « Maestro, os ocupáis de símbolos, y parecéis melancólico; ¿habéis descubierto quizá algo que pueda afligiros? Si así es, no temáis manifestarlo al menor de vuestros discípulos. »

— Contemplaba el símbolo de la destrucción y del renacimiento (le respondió Cung-seu), y notaba en él, que cuanto existe tiene una sola época para mostrarse; que todas las cosas se van poco á poco alterando, se cambian en parte y se destruyen al fin, para tomar nuevas formas, las cuales también desaparecen, para ser reemplazadas por otras, que desaparecen igualmente. Semejante perspectiva ha suscitado en mi mente las reflexiones que han producido el efecto por que me preguntáis. »

Algun tiempo después, quiso Cung-seu, aunque ya sexagenario, ir otra vez á la célebre montaña Tai-Chan, acompañado de algunos discípulos; trepó sin fatiga hasta su cumbre, é hizo allí su oración al Ente Supremo. Restituido á su morada, fué frecuentemente consultado por diversos soberanos de la China acerca de hechos extraordinarios, como el único capaz, por sabiduría y por grandes conocimientos de lo antiguo, de dar explicación de ello. No citaremos más que la siguiente relación cuyo asunto puede ofrecer algún interés á los naturalistas.

El rey de U llegó á conquistar el reino de Yué. Excavando en los cimientos de los muros de la capital, que había ordenado demoler, se halló la osamenta de un hombre que se tuvo por de estatura desmesurada, porque un hueso del esqueleto era tal que podía llenar por sí solouna carreta, como se expresa el texto chino. El rey envió un inteligente á consultar al filósofo de Lu, si había habido en otros tiempos hombres de tan prodigiosa talla, y en caso afirmativo, ¿por qué no había hecho mención de ello la historia?

« El estudio particular que yo he hecho de lo antiguo (le respondió Cung-seu) me ha conducido á conocer que había hombres antiguamente cuya estatura aventajaba con mucho á la común, ó era tan diversa que se les podía tomar por seres de otra especie; casos, sin embargo, rarísimos, pero de que no deja de hacer mención la historia. El hombre más pequeño de que ella habla, no pasaba de tres piés, y la estatura del más alto de diez. » Añadió después al enviado que él era de parecer de que los antedichos huesos serían de algún hombre famoso condenado á muerte por el emperador Yu por haber descuidado encontrarse, á la época establecida, en el sitio convenido, para custodia de los Estados generales del imperio. El rey de U y los cortesanos fueron de la misma opinión, y supusieron que aquellos huesos, habiendo vegetado en fuerza de los jugos nutritivos suministrados por la tierra, habían llegado á tan enorme dimensión en una larga continuidad de siglos.

No es menester observar que esta segunda

opinión no es del filósofo, sino de ciertas personas, á las cuales, en todo país y en todo tiempo, es lícito emitir opiniones de tal jaez.

De vuelta al reino de Lu, se había ocupado Cung-seu constantemente en poner en orden los Libros canónicos (*King*); y habiendo dado cima á esta grande obra, no pensó más que en prepararse á la muerte. Sin embargo, al terminar su misión filosófica y literaria, creyó de su deber dar gracias al Cielo por haberle concedido vida y fuerza bastantes para llevarla á cabo. Reunió en seguida á sus más adictos discípulos, aquellos en quienes más confiaba para la publicación de su doctrina después de muerto, y habiéndolos conducido á la falda de una antigua explanada, junto á la cual se había construido un pabellón, les mandó levantar un altar sobre el cual depuso los seis *King*, y arrodillándose con la cara hácia el Norte adoró al Cielo, y le dió gracias con el más sincero reconocimiento por el beneficio que le había otorgado prolongando su carrera lo necesario para darle tiempo de llegar al objeto único que le hacía desear la vida.

Pocos días después reunió de nuevo los discípulos en la sala acostumbrada, en que con método les explicaba los *King*, para darles sus últimas instrucciones. No nos es posible omitir una parte de aquella enseñanza, porque la intermediación á la tumba comunica á las últimas palabras de un sabio un carácter casi divino, que impone á la humanidad el deber de recogerlas religiosamente:

« Esta es la última vez que tomo para con vosotros la autoridad de maestro, y lo que voy á deciros será la última instrucción que de mí recibiréis; retenedla bien, y no dejéis de ponerla en práctica cuando yo dejare de existir. »

« No ignoráis que un hombre, por más sabio, inteligente é ilustrado que sea, no es al mismo tiempo apto para todo, y el punto capital para cada uno es el de conocer para cuál objeto es verdaderamente apto, con el fin de aplicarse á aquel con preferencia, y perfeccionarse en sus medios. Es muy frecuente engañarse en la elección, y no tener por esto el buen éxito que lograría quien hubiese escogido bien. »

« Hace largo tiempo que me sois adictos, y me reconocéis por maestro; he apurado todos mis esfuerzos para cumplir las obligaciones que contrae con vosotros al recibirlos por discípulos; vosotros me habéis secundado, habéis compartido mis trabajos y mis penas, y habéis aprendido cuánto cuesta el instruir sobre varios objetos que á cada uno es necesario conocer, cuando quiere llenar exactamente la misión que le ha cabido durante su mansión sobre la tierra. »

« En el deplorable estado de las cosas hoy día, y atendida la aversión que por do quiera se muestra á la reforma de las costumbres y á la renovación de la antigua doctrina, no debéis lisonjearos de atraer fácilmente á la mayor parte de los hombres á la práctica de sus deberes. »

Tened presente el poco éxito que yo mismo he obtenido abrazando tal empresa, á pesar de no haber cesado de trabajar en ella en toda mi larga vida; podéis, no obstante, continuar con alguna esperanza de prósperos resultados, en la custodia del precioso depósito que os confío y de que no soy sino guardian. Este será confiado por vosotros á personas que puedan hacer uso de él, y que lo trasmitan á su vez á otras, de modo que llegue á las generaciones futuras. »

« Para llevar á efecto con fruto tan importante obra, es necesario que cada uno de vosotros se dedique en particular á aquella parte que más le conviniere y que le fuere más adaptada. »

« Ming-seu-king, Yan-pe-nieu y Chung-cung deben atenerse á la moral: se hallan en disposición de desenvolver sus principios, de inspirar la práctica de cuanto prescribe, y de llevar al punto más alto de virtud á aquellos que se pusiesen bajo su dirección. ¡Oh, si el Cielo se hubiese dignado prolongar los días del sabio Yen-oei!... Pero estaba decretado que muriese en la flor de su edad, porque en estos tiempos de corrupción y desorden no eran dignos los hombres de poseerlo. »

« Sai-ngo y Seu-cung tienen naturalmente el don de la palabra, han perfeccionado con el arte sus naturales dotes, y alcanzarán triunfos si se contentan con cultivar la elocuencia; seriales de gran auxilio la facundia para persuadir á sus contemporáneos de que no serán felices sobre la tierra sino cumpliendo puntualmente aquello para que en ella fueron colocados. »

« Yan-yeu y Ki-lu, de mucha experiencia de mundo, conocen los intereses de los príncipes, y saben cómo conviene gobernar á los hombres; pueden entrar en los empleos civiles, especialmente en aquellos que tienen relación inmediata con el pueblo; pueden también, si fueren requeridos, prestar sus servicios á los soberanos en la administración de sus Estados. »

« Seu-yung y Seu-la, con su incansable ocupación en el estudio de lo antiguo, han adquirido conocimientos seguros en diversos ramos de erudición. Estos pueden ser verdaderamente útiles y contribuir por su parte á la felicidad de los hombres, instruyendo á los pueblos y á los mismos soberanos en la doctrina de las leyes, de los usos, de las costumbres y de toda la conducta de los fundadores de la monarquía; y haciendo oportuno paralelo entre lo que se practicaba entonces y lo que se hace actualmente, podrán inspirar á sus contemporáneos un saludable pudor, y obligarlos por lo tanto á hacer por lo menos algunos esfuerzos para imitarlos en algo, si no tienen bastante valor para imitarlos en todo. »

Todos los pensamientos del sabio fueron, en fin, por la felicidad del pueblo; y la anécdota siguiente muestra hasta qué punto se interesaba por ella. Un día en que su discípulo Seu-cung había ido á visitarlo, le dijo el filósofo: « Venís muy á tiempo, porque me disponía á ir á la

torre oriental para ver desde lo alto cómo se divierten nuestros buenos campesinos, ya que este día está, como sabéis, consagrado al culto de los espíritus de la tierra (1). » Llegado que hubieron á la torre, descubrieron multitud de personas que en diversos grupos se entregaban al regocijo, unas cantando y bailando, otras comiendo y bebiendo. Conforme Cung-seu las observaba, veíase alegrarse y hacerse sereno su semblante, como si estuviese tomando parte en sus distracciones.

« Os confieso (dijo á Seu-cung) que tengo un verdadero placer en ver á esa buena gente cómo olvida de ese modo sus desgracias y se cree por un momento feliz : ¿no os parece que hacen bien? — Por mi parte (respondió Seu-cung) soy de parecer, que sería mucho mejor que no se abandonasen nunca, como lo hacen, á un regocijo indecente, y desaprovecho sobremanera que se deleiten en cantuquear y bailotear, comer y beber, en vez de dar expansión á sus almas en acciones de gracias por los beneficios recibidos, y en plegarias para obtener otros nuevos.

— Decís muy bien (respondió Cung-seu); es menester dar gracias al Cielo por los beneficios recibidos, y rogarle que continúe dispensándolos. Mas también, al gozarlos como lo hace esa buena gente, cree dirigir acciones de gracias y plegarias : no les envidiéis las lánguidas dulzuras de la felicidad imaginaria de un día. La continuación sin tregua del trabajo enervaría el cuerpo y el espíritu, y es bastante justo que, tras cien días de penosa fatiga (2), restáure el campesino sus abatidas fuerzas abandonándose al júbilo. Es menester mostrarse respecto á ellos, mas bien indulgentes que severos; porque un arco siempre tirante pierde necesariamente la elasticidad y se hace inservible. »

Otro día en que el mismo discípulo había ido á visitarlo, le dijo :

« Mi querido Seu-cung, siento que va faltando la luz á mis ojos, que me abandonan las fuerzas, y que mi vacilante salud no ha de restablecerse jamás; » y en esto, reiterados sollozos interrumpieron su voz; continuando tras un momento de silencio : « La montaña Tai-chan se desgaja : yo no puedo ya levantar la cabeza para contemplarla. Las vigas que sostienen el edificio están la mayor parte empodrecidas; no sé ya adónde retirarme. La yerba, falta de jugo, se halla casi toda seca, no sé ya dónde sentarme á descansar. La sana doctrina había desaparecido enteramente y se había dado al olvido; intenté resucitarla y restablecer su imperio; no pude conseguirlo. ¿Habrà alguno despues de mi muerte que quiera acometer tan penosa tarea? »

(1) Algunas ceremonias en honor de los ocho espíritus protectores de los bienes de la tierra, llamados *Ta-cha*, se celebraban en el equinoccio de primavera y en el de otoño.

(2) De esto resulta que la observancia del séptimo día de reposo no era conocida, como se ha pretendido, por los antiguos Chinos, como tampoco lo es por los modernos.

Finalmente, una mañana cayó en profundo sopor, de que no fué posible volver á despertarlo. Permaneció siete días en aquel estado de letargo, al cabo de los cuales entregó el último aliento, en el año de su edad sexagésimo tercero, 479 ántes de nuestra era y noveno ántes del nacimiento de Sócrates.

Siendo su nieto Seu-sse, único de la estirpe que le sobrevivía, demasiado jóven para encargarse de las atenciones de los funerales, las tomaron á su cargo dos de los discípulos. Estos, despues de haber cerrado les ojos á su maestro, le introdujeron en la boca tres pellizcos de arroz, y lo atavieron con once clases de vestidos. El exterior era el que se ponía cuando iba de ceremonia á la corte; el sombrero, cual lo llevaban entónces los ministros de Estado; la condecoración con que se distinguían los hombres de autoridad era de marfil, y el cordón de que pendía, tejido con hilo de cinco colores.

Así vestido, el cuerpo del filósofo fué colocado en un doble féretro, construido de tablas del espesor de cuatro pulgadas de medida decimal, el cual fué despues colocado sobre un catafalco formado con arreglo al rito de los Cheu, que ocupaban entónces el trono imperial: había pendentillos triangulares distribuidos al rededor del catafalco, conforme al rito de la dinastía Chang, y un gran estandarte que los dominaba era con arreglo al rito de la dinastía Hia. Satisfecho este primer deber, compraron los dos discípulos, á nombre del nieto de su maestro, un terreno de cien *mus* (cada *mu* es cien pasos y cada paso seis piés) á alguna distancia al Norte de la ciudad, para depositar en él el cadáver. Á una de las extremidades levantaron tres montecillos en forma de cúpulas; el de en medio, mas alto que los otros, debía indicar la tumba, y Seu-cung plantó en él por sus propias manos el árbol *kiai*. Este árbol no es hoy mas que un tronco seco; pero subsiste todavía en el mismo sitio en que fué plantado veintidos siglos há. Cuando todo estuvo dispuesto para la sepultura, los discípulos del filósofo que se hallaban mas en el caso de hacerlo, se reunieron á Seu-sse, y formaron el acompañamiento fúnebre, agregados á los parientes del ilustre difunto: el cuerpo fué puesto bajo tierra con el aparato del ceremonial antiguo; y los discípulos, ántes de separarse, convinieron en llevar el luto por el maestro del mismo modo y por tanto tiempo como lo habrían llevado por un padre: Seu-cung, sin embargo, quiso llevarlo seis años, y se encerró á tal efecto en una cabaña que construyó junto á la tumba del maestro.

Los principales discípulos del filósofo, que se hallaban en los diversos reinos de la China, acudieron por turno á celebrar las ceremonias fúnebres al sepulcro de su maestro, y cada uno llevó como tributo una especie de árbol peculiar de su país para contribuir á decorar el panteón. Un gran número de ellos fueron á establecerse con sus familias en los alrededores de

aquel lugar reverenciado, y formaron allí un pueblecito que llamaron Cung-li, esto es, pueblo de Cung, ó perteneciente á la casa de Cung, de que quisieron declararse vasallos, y rogaron al nieto del filósofo que los considerase como tales por respeto á su insigne abuelo.

Al rey de Lu le causó pesar la muerte del sabio, desatendido por él mientras vivió, y exclamó con dolor : « El Cielo pródigo está irritado conmigo, pues me ha quitado el mas precioso tesoro de mi reino, arrebatándome el sabio que formaba su principal gloria y su mas bello ornato. » Queriendo despues enmendar de algun modo su pasada injusticia, hizo construir en su honor en la cercanía de la tumba uno de aquellos edificios destinados á honrar precisamente á los ascendientes, « para que todos los amantes de la sabiduría, presentes y futuros, puedan trasladarse á él para hacer las ceremonias respetuosas al que les abrió el camino, y sobre cuyo modelo deben formarse. » Depositóse su retrato en aquel monumento juntamente con todas sus obras, trajes de gala, instrumentos de música, el carro en que viajaba y algunos muebles de su pertenencia.

Verificado todo, se dió aviso de ello al rey de Lu, el cual, habiéndose trasladado allí, ejecutó en persona las ceremonias, que despues se imitaron; esto es, lo reconoció solemnemente por maestro, y le rindió en calidad de tal los mismos homenajes que si estuviese vivo y se hallase todavía instruyéndolo en la moral, en las ciencias y en el gobierno. Los discípulos del filósofo renovaron en el mismo lugar los tributos, ya rendidos á su maestro, y decidieron que, á lo ménos una vez cada año, concurrirían á desempeñar iguales deberes, lo cual practicaron por todo el resto de su vida con una puntualidad que ha servido de modelo á todos los literatos que los sucedieron. Desde mas de dos mil años há se sigue constantemente este uso; y como no es posible que todos emprendan anualmente el viaje de Kiu-fu-kien, en donde se alza la tumba del inmortal filósofo, se ha levantado en cada ciudad un templo (*miao*), y los que habitan en las provincias apartadas del imperio, se trasladan á él á celebrar las mismas ceremonias que ejecutarían en la tumba si pudiesen concurrir á ella.

Ni aun los emperadores se dispensan de tal obligación, y como representantes de la nación, rinden homenaje á aquel á quien la nación reconoció solemnemente por maestro; y el fundador de la dinastía de Han fué el primero á dar el ejemplo unos doscientos años ántes de

nuestra era. En esta época puede fijarse sobre poco mas ó ménos el principio de la especie de culto público rendido por tantos siglos á Cung-seu por los que presidían á la instrucción y al gobierno del país; de modo que lo que hicieron en un principio espontáneamente y de bastante buena voluntad, se hizo despues una ley, y se erigió en regla que ningun literato fuese admitido á los grados académicos, ningun mandarín puesto al frente de la administración de la justicia y del gobierno del pueblo, ni entrase en el ejercicio de su cargo, sino despues de haber llenado solemnemente las ceremonias respetuosas en alguno de los templos erigidos ex profeso en cada ciudad en honor del filósofo y de sus principales discípulos.

Tales disposiciones fueron adoptadas bajo el reinado de Chin-sung, tercer emperador de la dinastía Sung, cuyo reinado empezó el año 998 de la era vulgar. Aquel emperador, durante un viaje que hizo á las provincias orientales de su imperio, se apartó del camino acostumbrado para ir con toda la corte á visitar la tumba del gran filósofo, y pasó al templo erigido en honor suyo, en el que cumplió con las ceremonias respetuosas, ante el féretro del difunto, á quien adoptaba personalmente por maestro.

Al mismo tiempo que los emperadores honraban la memoria del sublime filósofo con monumentos suntuosos, le daban diversos títulos honoríficos : el rey de Lu, poco despues de la muerte del sabio, lo llamó el *padre Ni*; bajo la dinastía Han, se llamó *Cung ó duque*; la dinastía Tang lo llamó el *primer santo*; indicósele despues bajo el título de *predicador real*. Su estatua fué revestida de vestidura régia, y se le puso en la cabeza una corona. Bajo la dinastía Ming, se denominó *el mas santo, el mas sabio y el mas virtuoso de los instructores de los hombres*, cuyo título se le conservó por la dinastía tártara actualmente reinante.

Sus descendientes gozaron y gozan todavía, despues de mas de dos mil años, las grandes distinciones del imperio chino, y son los únicos que poseen el título de nobles hereditarios. Había veinte *cung* (duques) en el imperio en la quinta generación, y en el reinado de Cung-i llegaban sus descendientes á once mil varones (1).

(1) Esta vida es compendio de la del padre Amiot, que ocupa un volumen entero de las *Memorias de los misioneros sobre los Chinos*.